

PRÓLOGO A LA ANTOLOGÍA DE LA CONQUISTA DEL ESTADO Juan Aparicio López

El Prólogo a esta Antología de LA CONQUISTA DEL ESTADO debiera sustituirse con ventaja por un dístico grabado en bronce, o por dos versos heroicos o elegíacos esculpidos en un plinto de mármol. Mis yertas palabras preliminares contrastarán con la fiebre y la pasión creadora de las demás palabras de este libro, cuyas letras fueron escritas con sangre y fuego durante medio año de 1931. Bastó ese breve tiempo para alumbrar con augurios cumplidos, consignas impuestas y símbolos triunfadores que son la emblemática y la liturgia del Estado español: bastó sólo ese tiempo para anticiparnos minuciosamente la España una, grande y libre de Francisco Franco; la España actual, donde Franco es Caudillo y Generalísimo de todos los Ejércitos; es decir, de toda la juventud.

Un milagro de la juventud fue la tarea inefable y casi mística de los fundadores y colaboradores de LA CONQUISTA DEL ESTADO, aunque la lucidez filosófica y matemática, el genio político de nuestro Director, Ramiro Ledesma Ramos, había previsto con exactitud las etapas hacia el porvenir, las desviaciones de la ruta, el éxito final, y, acaso también, su muerte y sacrificio. He nombrado a Ramiro Ledesma y henchida queda con su nombre la primera mitad del dístico epigráfico; porque su obra ocupa la parte mayor y más eterna de la presente Antología. Todo cuanto leáis sin firma expresa, pertenece a la pluma ígnea y tajante de Ramiro, que en paz descansa ya, puesto que su fugaz vida fue una férrea existencia militar infatigable y exigente consigo misma, como directo sucesor de los rústicos de Sayago.

Nacido en Alfaraz (Zamora), bajo el lar celtibérico del guerrero Viriato, numen de su familia, aprendió la dureza del pan y de la cultura al recibir ambas mercedes tuteladas por su abuelo paterno, don José Ledesma Pollo, que sirvió al Rey siendo analfabeto, y luego fue el maestro más famoso en varias leguas alrededor de Torrefrades. Entonces vivía Ramiro en Torrefrades, jubilado el abuelo y sustituido por el padre de Ramiro en el magisterio rural. Soñaba, allí, reconcentrado con un mundo distinto al hosco y cerrado horizonte sayagués, con una libre y salvaje aventura. Más tarde quiso ser, cual Sacha Yegulev, el héroe juvenil y desgraciado de la novela de Andreiev; pero a los quince años era preciso que opositara a una plaza de oficial de Correos, y a Madrid vino con una mirada entre brava, e ingenua, calzón corto y medias campesinas.

Este pequeño puesto subalterno dentro de la maquinaria del Estado no satisface a la creciente ansiedad de Ledesma, que había traído a la Corte una voluntad legítima de conquistador más que la burocrática ambición de conseguir honores palatinos o ascender mansamente en el escalafón. La ambición recóndita de Ramiro Ledesma era ya con simpleza, testarudez y audacia: conquistar el Estado para los suyos, para los españoles de su edad y de su alma, para los que después denominó con frase acuñada: *una generación a la intemperie*. Me consta, por testimonios personales, que desde su niñez sintió Ramiro la vocación política con una voz divina e indeleble, empujándole a salir de aquel contorno de piedras familiares y de hombres de piedra. Mientras llegaba la verdadera y pura acción política, la presencia transmutadora de Ramiro en la órbita anquilosada de la política nacional, su dinamismo y su tesón buscaron otros derivativos, otras sublimaciones constructoras.

Era el año 1923. Preparaba el Marqués de Estella su dictadura septembrina, y a la par redactó febrilmente Ledesma las 300 páginas de su novela *El sello de la muerte*. Si alguna vez nos ha descubierto Ramiro Ledesma los secretos intrépidos de su corazón ambicioso, hay que recoger la confidencia, o más bien su confesión apasionada, en el texto desgarrado y altivo de esa ignota novela, que muy pocos conocen. *El sello de la muerte*, dedicado a don Miguel de Unamuno, ostenta este lema como un cartel de desafío: «La voluntad al servicio de las ansias de superación: Poderío y grandeza intelectual», y coloca su trama autobiográfica encima de dos citas de Fernando de Rojas y Federico Nietzsche, que sirven a Ramiro como dos columnas de Hércules para atreverse al más allá. Dice así la referencia de

Fernando de Rojas: «Ruín sea quien por ruín se tiene. Las obras hacen linaje, que al fin todos somos hijos de Adán y Eva. Procure de ser cada uno bueno por sí y no vaya a buscar en la nobleza de sus pasados la virtud.» Aconsejaba el vesánico Nietzsche al buen sentido sayagués del joven Ledesma: «Amo a los grandes desdeñosos, porque son los grandes adoradores, las flechas del anhelo del más allá. Llena está la tierra de individuos a quienes hay que predicar que desaparezcan de la vida. La Tierra está llena de superfluos y los que están de más perjudican a la vida...» No necesito insistir mucho más sobre la única novela de Ramiro Ledesma; porque su espíritu aparece desnudo y patente, ofreciéndonos la clave con que se ha de interpretar toda su vida.

Tampoco deseo hurgar demasiado en lo que recataba su timidez desdeñosa, pues jamás mencionó en la intimidad *El sello de la muerte* —tal vez porque fue una novela sin éxito público; quizá, porque nos revelaba descaradamente su más hondo entresijo—.

Fracasado en su propia conciencia este devaneo literario, decide Ramiro aprobar en tres convocatorias todas las asignaturas del Bachillerato. Conseguido este grado, se matricula en la Universidad Central para cursar Filosofía y Ciencias físico-matemáticas, buscando un sedante contemplativo y un acicate intelectual a sus turbulentas desazones de político en paro forzoso. Como otros hallan en la gimnasia o en el alpinismo un lenitivo para la *libido* irritada o para las ganas insatisfechas de acción y riesgo, Ledesma se lanza al aprendizaje del idioma alemán, mientras devora y asimila las creaciones de los magnos metafísicos y de los pacientes hombres de ciencia. Esta voracidad de sabiduría, que le convierte en un asiduo de la biblioteca del Ateneo, condúcele también a la amistad y al diálogo con el profesor Ortega y Gasset y con Ernesto Giménez Caballero.

Otro carácter hubiera vacilado entre la perspectiva vital de *La Revista de Occidente*, donde colaboró sobre temas filosóficos y en cuya biblioteca había de publicar su traducción del libro alemán de W. Brandy M. Deutschbein *Introducción a una filosofía matemática*, y la camaradería incierta y resuelta de *La Gaceta Literaria*, donde Giménez Caballero nos descubría con acento mesiánico lo que era el fascismo. Pero Ramiro Ledesma no quiso ser Catedrático de Psicología, Lógica y Ética en un Instituto provinciano, ni pedante y refitolero profesor auxiliar en la Ciudad Universitaria, ni siquiera novel diputado «al servicio de la República». Ramiro quiso ser lo que su casta ascendente y su tierra natal y su genio político le sugerían desde muchacho. Ramiro Ledesma quiso ser —nada más, nada menos, pero generosamente— un verdadero fundador, con una mística entrega —ésta son sus mismas palabras repetidas— a la revolución nacional que comenzó a presentir.

Como toda gran política arranca de su correspondiente metafísica, y en el fondo, siempre, de la teología, sería interesante leer ahora un libro perdido de Ledesma Ramos, su *Filosofía Imperial*. Encontraríamos allí los gérmenes y las auténticas intuiciones que han de desdoblarse en los gritos rotundos de LA CONQUISTA DEL ESTADO, en el programa de las J.O.N.-S., en los 26 puntos de Falange Española, en el santo y seña por que han muerto nuestros muertos mejores.

Pero el manuscrito de *Filosofía Imperial* se extravió en los talleres de la C.I.A.P. durante la primavera de 1931; porque, ¿quién se acordaba entonces del Imperio, en aquella época desastrosa y zarrapastrosa, cuando el Marqués de Estella había fallecido solitariamente en París y todos abandonaban a la Monarquía e incluso iba a venir una catástrofe en la Historia de España? El legado que heredábamos de nuestros padres era una herencia miserable de podredumbre, donde la patria, el pan y la justicia eran palabras vanas, fórmulas de la nada, sin rango y rumbo para articularse en una futura superación imperial.

Era la coyuntura para intervenir audazmente en nombre propio y al frente de esa generación menesterosa. Ramiro Ledesma Ramos era un nombre desconocido para la masa popular, aunque no más desconocido que otros nombres de los cabecillas asaltantes de la República. Así como Viriato forma su guerrilla con oscuros campesinos sayagueses y pastores de la Lusitania, su paisano Ramiro Ledesma comenzó a buscar la partida que necesitaba, los once firmantes del primer manifiesto de LA CONQUISTA DEL ESTADO. No se desanimó Ledesma nunca, en las peores y adversas circunstancias, ya que su alma era una erecta espada de acero, un eje diamantino inflexible, una hoguera vivaz y enardecida, aunque su rostro magro y frío se presentaba enérgicamente impasible. Fundador y animador

como San Pablo, la misma brasa le consumía las entrañas, y San Pablo fue la postrera imagen optativa de su vida terrena, cuando dialogaba con don Ramiro de Maeztu en el patio de la cárcel de las Ventas.

Fue necesaria toda esa tenacidad paulina para convencer al equipo de amigos elegidos que habían de firmar aquella novísima proclama redactada por Ledesma Ramos en las primicias de 1931. Muchos se resistieron a comprometerse en una fantástica aventura, otros se arrepentían después de haberse obligado para tal empresa. Al fin consiguió Ramiro que momentáneamente se agruparan en torno suyo otros diez camaradas, entre los que yo era el más joven, y fui nombrado secretario. Como la mayor parte había de desertar en seguida, principiaré con la silueta de los que pronto nos abandonaron.

Ricardo de Jaspe era un señorito monárquico andaluz, de ademanes sajonizados y carácter escéptico en el fondo. Se fue como vino, sin estridencias y excesiva personalidad. Presumía conocer la política internacional, porque se había preparado para la carrera diplomática, pero desempeñaba un puesto en el Patronato de Turismo que no perdió al advenimiento de la República, antes bien ascendiendo en su jerarquía burocrática. El dibujante Francisco Mateos llegó a LA CONQUISTA DEL ESTADO con un desenfado de hombre que ha vivido mucho, que ha viajado más y se dispone a utilizar su sarcástica experiencia como una bomba de dinamita. Aseguraba que había participado en las insurreccionales jornadas munitenses de 1919, a las órdenes del judío Kurt Eisner; pero lo cierto es que su fanfarria sevillana se polarizó una semana antes del 14 de Abril hacia el bando de los vencedores. Ni sus «Comicidios políticos» —así llamaba a sus dibujos de LA CONQUISTA DEL ESTADO— mataron a nadie, aunque puede ser que durante la guerra actual se haya convertido en un miliciano cualquiera. Respecto a Ramón Iglesias Parga —o sea el camarada R.I.P.—, tengo la certidumbre de que ha servido a la horda en su Estado Mayor, aprovechando sus cualidades de políglota. Ramón Iglesias era aquel joven lector de lengua española en la hiperboria universidad sueca de Göteborg, a quien Giménez Caballero había dirigido una famosa carta abierta en 1928 ó 1929, incitándole a una tarea fascista o fajista, unificadora. Vuelto a España, su entusiasmo exaltado perduró poco tiempo, pues había de alejarse de nosotros, por sugerencias del Centro de Estudios Históricos y por vagas veleidades comunistas. Antonio Riaño era un muchacho deportivo que procedía de la F.U.E. y que se fue para fundar con otros universitarios el fracasado «Frente español». Roberto Escribano Ortega era el más reaccionario del equipo, aunque me confesó que su primera comunión la había ofrecido en sufragio del alma de Napoleón Bonaparte. Conocimos a Escribano Ortega por recomendación de Rafael Sánchez Mazas, y aficionados ambos a la genealogía y al blasón, habían discutido sobre la heráldica que debía corresponder a una política nacional y social renovadora. Roberto Escribano, tradicionalista enfeudado a sus tierras de Pampliega, jamás perdió el contacto con los que permanecemos fieles a Ramiro y fue el primero que dibujó el escudo de las J.O.N.S.; esto es, las flechas yugadas.

Todos conocéis a Ernesto Giménez Caballero, sin que necesite que yo pergeñe su semblanza ni su abolengo, ni su mérito indiscutido de precursor y guía de nuestra generación española. Sin embargo, Giménez Caballero, amigo leal de Ramiro Ledesma hasta la última hora y dispuesto siempre a prestarle su consejo y su ayuda en ocasiones posteriores, permaneció escaso tiempo en LA CONQUISTA DEL ESTADO, pues marchó al extranjero en aquellos lejanos días. Antonio Bermúdez Cañete que ha muerto asesinado como Ledesma en el Madrid rojo, era un temperamento exasperado y violentísimo, a pesar de su educación populista y de sus estudios económicos que le exigían ecuanimidad y aplomo; colaboró sobre temas de su especialidad en los 23 números de LA CONQUISTA DEL ESTADO, y tradujo antes que nadie en España varios capítulos de *Mein Kampf*, de Adolfo Hitler, que proyectábamos editar bajo el título de *Mi batalla*. Manuel Souto Vilas es un catedrático de filosofía gallego, compañero de Ramiro Ledesma cuando desentrañaban juntos a Heidegger y a Huserl, propicio siempre a la defensa de una noble causa, con ademanes y prosodia de campesino galaico, aunque también dispuesto a fantasmagóricas aventuras, como la de dedicarse a la piratería contra los navíos británicos en las costas

gallegas. Finalmente, Alejandro Raimúndez fue el Administrador del semanario, como yo su secretario hasta el final.

La nota común a esta retahíla de personas dispares era su juventud y su procedencia universitaria. Puede afirmarse que pocos comprendieron lo que quería Ledesma cuando firmamos nuestro Manifiesto Político —en un local sin muebles de la Avenida de Eduardo Dato, núm. 7— a la luz vacilante y menguada de un cabo de vela. Ramiro Ledesma necesitaba apoyarse en un grupo, aun provisional y transitorio, para lanzarse a la política como una flecha que iba a clavarse lejos. Estaba convencido de que sus consignas serían escuchadas y obedecidas mucho más tarde, por otra gente que se iría alistando poco a poco, a medida que su alma se impregnara con la enjundia patética de aquellas anatemas e invocaciones. Así LA CONQUISTA DEL ESTADO resulta la obra personal de un solo hombre, porque ni mis artículos, inflamados por un lirismo casi religioso, ni la prosa desenfadada y escrutadora de Giménez Caballero, ni el clamor rural que nos comunicó Teófilo Velasco, el párroco de Valdecañas del Serrato, ni los ensayos de política económica de Bermúdez Cañete, ni la «imprecación en la hora decisiva» de José María Salaverria —colaboración única que conserva LA CONQUISTA DEL ESTADO de los escritores contemporáneos—, ni las otras aportaciones de los demás camaradas, pueden compararse con la maciza y sólida estructura de la doctrina nacional-sindicalista de Ledesma.

Suya es la apelación del primer número a los españoles para que interviniesen de un modo activo en nuestras Falanges, ya que «todo español que no consiga situarse con la debida grandeza ante los hechos que se avecinan, está obligado a desalojar las primeras líneas y permitir que las ocupen Falanges animosas y firmes». Suya es la consigna para crear inmediatamente *Falanges de Combate*. Suya es esta bandera que esgrimía la consigna rotunda: «FRENTE A LOS LIBERALES SOMOS ACTUALES; FRENTE A LOS INTELECTUALES SOMOS IMPERIALES. ¡ARRIBA LOS VALORES HISPANOS!» He aquí la raíz de nuestro «Arriba» que ascendía vertiginoso y puro sobre la España chata y desquiciada de entonces, sobre la patulea de los que nos negaban el pan y la sal, de los que nos combatían desde las columnas de *El Sol* y de *Crisol*, de los que expectoraron en seguida el chistecito fácil. Para los unos y para los otros éramos los de «La Conquista del Establo». Pero febrero, que a partir del pistoletazo de Larra es un mes melancólicamente agresivo, nostálgicamente infeccionado por la pólvora, se conmovió durante 1931 bajo las detonaciones juveniles de los párrafos de nuestro manifiesto. Como grito de alerta y alarma hubo gente moza congregada en torno, que ya nos ofrecía sus brazos para empuñarla ávidamente. La primera adhesión recibida en LA CONQUISTA DEL ESTADO para la primera Falange de guerrilleros nacionales, fue la de Matías Montero en una carta tímida y temerosa —a pesar de la sublime valentía del impulso—, donde justificaba su escasa edad para que se le admitiera en el combate. La primera adhesión directa es la del alicantino Luis Batlle, estudiante de Medicina, que desparramó la semilla de la revolución nacional con su gesto y su talante de Discóbolo para derramar —sobriamente asesinado— su postrer anhelo. José Antonio Primo de Rivera nos envió a su pasante Sarrión, tomando contacto inmediato con LA CONQUISTA DEL ESTADO, aunque sin que nos tratáramos personalmente. José Antonio nos leía como nos leía Onésimo Redondo Ortega, engendrándose de la lectura la mutua inteligencia.

No importaba que si pasáramos revista a nuestras filas las viéramos vacías y en situación precaria nuestro periódico. No importaba, porque Ramiro preveía, cerrando los ojos a la realidad circundante, su futuro; como yo contemplo aquel pasado, si me sumerjo en mis recuerdos. Tal vez su previsión era más nítida que mi remembranza, pues la nostalgia de esa edad lejana me empaña el corazón y los ojos. Veo a Ramiro con un jersey pajizo donde le habían bordado la gran garra hispánica, destocado del hongo con que se cubrió hasta el anochecer en que visitara a don Francisco Cambó en el Hotel Ritz, juzgándole el ex ministro catalán como un adalid en posesión de una férrea teoría peligrosa. Veo a Ramiro escribiendo con su caligrafía vibrante sobre cuartillas de tamaño holandesa, pues apostaba que había de emborronar doble papel que nosotros en el mismo tiempo. Le veo con su mechón hitleriano que era una provocación para los liberales y su metálica mirada gris, mientras arrastraba las erres. Junto a Ramiro, Puértolas dictaba a Julita o a Emilia las

crónicas internacionales de *Le Mois* o de la revista *Plans*, y el manquito Leza charlaba con Vitorino, el Conserje. Veo aquella Redacción en medio del tránsito de la Gran Vía como un hogar tranquilo o como una oficina con pocos negocios y pocos visitantes. Cada sábado aparecía LA CONQUISTA DEL ESTADO con una voz estridente y desafiadora, con un estruendo militar que desentonaba con la aparente placidez de nuestro contorno.

Dentro de nuestra sangre rebullía la tremenda congoja apocalíptica ante la hecatombe de la Patria traicionada por los monárquicos y por los republicanos, por las izquierdas y por las derechas, por la burguesía, por la aristocracia y por el proletariado. Ramiro Ledesma sabía a ciencia cierta que había de ser preciso el holocausto de la juventud para levantar sobre el fango un Imperio. Porque los Imperios, como la humanidad, nacen del barro si hay un hálito divino que aliente trágicamente su epifanía. LA CONQUISTA DEL ESTADO fue, por tanto, la primera trincheras de la guerra actual, el primer parapeto, donde apenas quedan supervivientes. Por eso las páginas siguientes que vais a leer, tienen apresto de arenga y de proclama y todas se estremecen conmovidas por una ráfaga marcial.

Son alguna vez imprecisas y contradictorias como son así los alaridos de la pasión y del coraje en el sublime trance de que nos encaramos con la muerte. Escritas en la época turbia del alboroto parlamentario y palabrería socialdemócrata y masónica, emergen limpias y rutilantes como soles en esta atmósfera postrera de nuestra guerra profetizada hace ocho años en LA CONQUISTA DEL ESTADO y que gracias a su triunfo nos recompensa con el galardón que sólo nos corresponde. Con la convicción de que no luchamos en vano.

[Este prólogo, ocupa las páginas VII a XIII del volumen, de 335 p., titulado *La Conquista del Estado. Antología y Prólogo*. Fue editado por: Ediciones FE de Barcelona, en 1939 e impreso por NAGSA.]

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»
>SECCIÓN SOBRE RAMIRO
>DOCUMENTO N. 33